

tepasados no era más que bestia acorralada por el feroz destino. ¡Ser acusado de un crimen y no saber si uno lo ha cometido, he aquí un tormento del infierno! ¡En cuanto a Odette, en cuanto a Odette! La idea de no verla más sacudió de pronto su alma con risas salvajes...

CAPITULO X

OJO A «EL PULPO»

EN este lapso de tiempo, ¿qué hacía Rouletabille? Está fué la primera pregunta que se formuló Juan a raíz de quedar encarcelado Hubert. Mientras permaneció allí Hubert, hubiérale sido a Juan imposible salir del *Vieil-Caston-Nou*. Esperaba la palabra reveladora de la traición de su rival, quizás la confesión del crimen, y en todo caso, el indicio que le pusiera sobre la pista de Odette. Después de la partida de Hubert, Juan reparó en que Rouletabille estaba ya ausente varias horas. El repórter, hecha rápida pesquisa en Lavardens, subió al auto que trajo a los jóvenes desde Aviñón, y se encaminó hacia Santas Marías. Juan, sabido esto, echó mano del torpedo del castillo, y al azar se fué al encuentro de Rouletabille.

La marcha fué lenta: a cada momento se detenía a preguntar a los aldeanos, a husmear con la mirada en inmenso círculo del horizonte de la Camargue. ¿Dónde estaba Odette? ¿Dónde estaba Odette?

Si Hubert no la había matado, como mató al padre, ¿dónde la dejó oculta? ¿A qué choza resguardada por la ciénaga llevó a la pobre niña? ¡Ah! Hubert conocía todos los rincones de la Camargue; la comarca tan bella como traidora, por momentos había servido de cómplice a aquel miserable. Hubert había husmeado todos los torbellinos tras los sauces de altos tallos y de lisos troncos, recorrido surco por surco el terreno, por la parte del Ródano sembrada de islotes. ¡Ay, pobre de mí! ¿Por dónde buscarla?

Pocas veces se vio atardecer tan bello entre Arlés y la costa. Las aguas reflejaban la placidez del crepúsculo que descendía sobre la tierra envolviéndola en dorados vapores. A lo lejos, las campanas de Santas Marías desparramaban su tañido por la campiña aquietada tras la gran fiesta. Más cerca, los hortelanos en rápido vuelo huían lanzando alegres trinos... Juan, de pie en el carruaje parado en una encrucijada, se planteaba una vez más el problema de su alma tendiendo al horizonte desesperadamente los brazos y gritando: «¡Odette, Odette!...», y se desplomó echándose a llorar...

Luego Juan se avergonzó de su debilidad. Con lágrimas no iba a hallar o a vengar a Odette, y lanzó a toda velocidad el auto camino de Santas Marías.

Pronto surgió la antigua basílica de la laguna, irguiendo sus ennegrecidos torreones al borde del mar, recordando en el horizonte sus almenas y su camino de ronda cual una fortaleza; su ábside es una verdadera torre-

cilla que pudo antiguamente resistir el asalto de los sarracenos. Ahora cobija bajo su sombra a la turba andariega de los bohemios...

Juan vio de pronto en la carretera y en dirección contraria a la suya el frente de la caravana. Eran zingaros que vinieron de Alemania y zingaros que vinieron de Puertas de Hierro y ahora son los primeros que regresan a su lejano país. Este año los *misterios* se efectuaron muy de prisa. Hay años como éste en que los romanchos dejan el país antes de que empiecen las fiestas provenzales, años en que no quieren para nada mezclarse con los rumies, y al salir de la cripta, cumplidas sus extravagantes devociones a Santa Sara, huyen como si hubieran cometido un crimen.

Estos son más alegres que feroces. Se canta en todas las carretas; muchachas con ojos de cigarra y viejas con facha de brujas saludan gesticulando alegremente. Juan se dice: «He aquí la turba de donde salió Calixta y entre la que debí dejarla. ¿A qué volvió a mezclarse con esta horda? Rouletabille tiene quizás razón para preocuparse de ello.» Pero como este pensamiento le alejaba de Odette en alas de la lógica que le conducía a Hubert, Juan presto dejó de pensar ya en Calixta.

Llegó a Santas Marías cuando empezaba la danza al son de guitarras y acordeones. La calle Mayor, tan estrecha que no permitía el paso simultáneo de dos carros, estaba iluminada con lamparillas. Toldos extendidos de techo a techo y que durante el día habían cobi-

jado bajo su sombra aquel pasadizo, ahora pesaban inmóviles sobre la densa atmósfera empapada de vapores del vino que las criadas iban escanciando por todas las mesas colocadas en la acera.

Doquiera reinaba la alegría y excelente buen humor. Mucha algazara y pocas disputas. Carcajadas, bromas de paso, música, y de vez en cuando el estrépito atronador de algún petardo que los muchachos arrojaban solapadamente a las piernas de los comensales.

Pocos bohemios había en esta calle; los que no se habían marchado aún acampaban en los aledaños, en las dunas y hasta en la playa; además, entre aquella muchedumbre de marineros, guardas y tenderos, discurrían hermosas señoritas, ataviadas con el majestuoso traje de las arlesianas. A su paso todos se deshacen en cumplidos, pues son harto conocidas sus virtudes domésticas y su intrepidez de Amazonas.

En los mesones, los corros comentan en voz baja el atroz acontecimiento del día. Las siniestras nuevas venidas de *Viei-Caston-Nou* han arrugado más de un ceño. El suceso es tan raro que a duras penas alguno se atreve a aventurar algún comentario. Y, además, Hubert, si tenía pocos amigos, era, en cambio, temido por todos.

Juan se apeó del auto y penetró en la calle. Todos se descubren sin decirle palabra: le compadecen. Se le abre paso para que llegue al vestíbulo del hotel de Santas Marías. El dueño, un viejo lobo de mar convertido en posadero, le acoge con tristeza; pero tiene buen cui-

dado de no dirigirle la menor alusión. Juan le pregunta:

—¿Ha visto usted a Rouletabille?

—Sí, señor; hace un momento estuvo aquí.

—¿Dónde podría hallarle?

—A fe mía, no lo sé, señor; supongo que se ha vuelto a marchar ahora mismo.

—¿Qué le hace suponerlo?

—Pues véalo. Al llegar me preguntó si le esperaba una señora... Le digo esto a usted, porque sé que son ustedes carne y uña. Le contesté que no había venido nadie... Salió hacia allá y volvió al poco rato. Parecía muy preocupado; me preguntó de nuevo si la señora ya estaba aquí... Le respondí que no. Entonces se puso a escribir unas líneas, las metió en un sobre y me dijo: «Ya no creo que venga ahora; pero si viniere le entrega usted esto.» Salió hacia allá arriba y no le he vuelto a ver; esto me ha incitado a decirle que ha debido de marcharse ya de Santas Marías.

—Y esa señora, ¿no ha venido?—preguntó Juan.

—Sí, señor; vino al poco rato y le entregué la carta... Pareció muy contrariada porque no la esperó Rouletabille.

Juan pensó: «Ha querido entrevistarse con Calixta.» En el fondo se hubiera él alegrado de verla siquiera para disipar en parte la incertidumbre. Después de la última entrevista que tuvieron, en la cual Calixta se manifestó muy resignada con esa especie de fatalismo común a todos los de su raza, no podía abrigar la idea de atri-

buirle la comisión de un atentado tan odioso como el que Rouletabille por sospechas le achacaba. No era posible que olvidase cuanto Juan hiciera por ella, y, en suma, después del último regalo que le aseguraba el porvenir, y *que había aceptado*, ya no tenía de qué reprocharle. Calixta vino a Santas Marías sin ocultarlo y comunicando de antemano a sus criadas el objeto de su viaje. Cuanto Rouletabille se imaginaba era pura novela. Juan hizo la descripción de Calixta al hostelero, el cual repuso a Juan, dejándole asombrado, que aquellas señas concordaban con las del visitante. En primer lugar, la señora de que hablaba era morena, y la que había venido, rubia.

Juan, pasmado, se abstraigo un momento, y súbitamente pasó un pensamiento cual rayo por su espíritu.

—¿Esa señora tiene los cabellos cortados y caídos sobre la frente?

—Sí, señor; esta vez acierta.

Juan se aproximó al hostelero.

—¿Llevaba la carta sobrecrito?—preguntó.

Como el posadero parecía acogerse a la discreción, Juan le dijo de rondón:

—¿Esa carta iba dirigida a la señora de Meyrens?

El hostelero dijo con un gesto que sí.

Salió de allí Juan con el espíritu cada vez más conurbado.

—¿No es posible ya zafarse de esta terrible mujer?—se decía—. ¿Qué podemos esperar de ella en tales

momentos? Y ¿cómo piensa en citarla si no la quiere, como dice?

Dejando este asunto, fué a buscar a los guardias habituales compañeros de Hubert, pues llevaba su idea; pero al salir de la gran claridad de la calle e internarse de repente en la semiobscuridad de la duna, atrajeron de pronto su atención dos siluetas que pasaron no lejos de allí, y que no le parecieron desconocidas.

Un hombre y una mujer se deslizaron a lo largo del muro, y luego atravesaron rápidos un espacio yermo, emborronado de sombra, y reaparecieron en la claridad oscilante del fuego que ardía ante una carreta.

A lo largo del arenal brillaban numerosos fuegos que formaban como un semicírculo en torno de Santas Marías; los encendían las tribus de bohemios venidos de Beziere y de Pézenas, que permanecían en Santas más tiempo que las demás, porque al cabo estos zingaros estaban en su país, y era corto el camino para volver a sus habituales hogares.

La mayor parte de estos vivaques estaban solitarios; los jóvenes se marcharon a danzar, y cocía la cena bajo los auspicios de algunas viejas con facha de aquelarre...

Juan no pudo contener una sorda exclamación al reconocer en las dos sombras, que seguía avizor, a Olajai y a *El Pulpo*. Ambos fueron a sentarse al lado de una vieja, que al verlos se levantó, mirando hito a hito a *El Pulpo* con cierto recelo.

Pero Olajai habló, la vieja meneó la cabeza y pudo

verse que ahora acogía con agrado a la recién llegada.

Los tres se agruparon, y la conversación entablada en voz baja les tenía de tal modo suspensos, que Juan pudo acercarse algunos pasos sin llamar su atención.

Le hubiera gustado oír lo que allí se decía, pero ello le fué imposible.

Después de esta carreta, Olajai y *El Pulpo* visitaron otras, y luego, de repente, desaparecieron como por encanto, y Juan ya no volvió a verlos.

Muy pensativo y emocionado regresó de aquella aventura a la luz de la calle Mayor, y allí se le avisó que los mayores acababan de reunirse en el hotel del Pequeño Ródano.

Cuando entró en él, el grupo, que al parecer mantenía animada conversación, calló de repente.

La mirada de Juan revisó atenta aquellas rudas caras de frente estrecha y ojos hostiles, y les dijo:

—Ya sabéis lo que ha ocurrido. ¿Creéis que ha sido Hubert el asesino?

—¡Ah, no, no!—respondieron unánimemente—. No lo creemos.

—Pues se le ha encarcelado por eso. Si alguno de vosotros le ha visto la pasada noche, esto puede aprovecharle... hay que decirlo...

Todos guardaron silencio.

—No veo aquí a *Lou Rouusso Fiamo* (La Roja Llama)—dijo Juan—; quizás pudiera darnos algunos informes...

Lou Rouosso, un lebrél con cabellos encendidos, fué en

otros tiempos jefe de los mayores de Lauriac... Harto conocidas eran su fuerza, su brutalidad y su ciega adhesión al joven.

Uno contestó:

—*Lou Rouosso Fiamo* marchó anteayer con cuatro toros a la herrada de Beaucaire...

—Es la primera vez que *Lou Rouosso Fiamo* no asiste a la fiesta de las Santas...

—Estará enfermo—observó Juan.

Y se fué, no insistiendo más al ver que todos se reprimían y no podría sacarles nada. Su viaje a las Santas, sin embargo, no había sido inútil; no le urgía volver a ver a Rouletabille.

Hora y media después, le encontró en Lavardens.

—Y ¿qué?—le preguntó.

—Pues que—contestó Rouletabille—, a pesar de los consejos de Olajai, quise ir a las Santas, y apenas llegué, Olajai me atisbó, y en una rinconada de nuevo me dió a entender que la Camargue era muy malsana para mí. Pretendí que me diera una explicación, pero me dejó apresuradamente, diciéndome: «Ya he charlado con exceso.»

—Y ¿volviste?

—Claro que sí; ¡con la tarea que por aquí aun me queda!

—Luego no encontraste allá—repuso Juan con intención que no escapó al repórter—a la que esperabas...

—Veo que te han informado bien—replicó Rouletabille, frunciendo el ceño.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

—Al menos sé una cosa—repuso Juan con voz apagada—, y es que *mientras Olajai obtenía de ti que marcharas de Santas Marías, él permanecía allí con El Pulpo*, que tú fuiste a ver y no viste; pero yo, sí; yo les he visto a los dos entregados a no sé qué labor misteriosa, que no puede ser de tu agrado ni del mío, pues se previenen para ocultárnosla.

—Nada temas, Juan—dijo Rouletabille cada vez más sombrío—; concédeme veinticuatro horas más y ni Olajai ni *El Pulpo* me impedirán salvar a Odette...

—Yo traigo de allá abajo detalles que pueden servirnos—dijo Juan deteniendo al repórter, a punto ya de marcharse—. Si Hubert ha sido el asesino, como creo ahora más que nunca, ha tenido cómplices, ciertamente, al menos un cómplice... Pues bien: acabo de saber que *Lou Rousso Fiamo*, su maldito brazo derecho, está ausente de las Santas hace cuarenta y ocho horas.

—Lo sabía—dijo Rouletabille.

Y se alejó velozmente de Juan, dejándole con la palabra en la boca, como suele decirse.

Sautierne no insistió; echó mano al volante y lanzó su torpedo camino de Beaucaire. Quería saber con certeza los motivos de la ausencia de *Lou Rousso Fiamo*.

Cuaderno de Rouletabille en esta fecha.—Olajai: *El Pulpo*... Es posible que Juan tenga razón. No he desconfiado bastante de *El Pulpo*... No puede servirme para nada. Sólo puede perjudicarme... y más sabiendo por ella

que la policía nada hizo con relación al saqueo de mi cuarto, y luego de lo ocurrido en Santas Marías, debiera romper enteramente con ella. No es la primera vez que esa idea se me ocurre, pero creo que es cuestión de oportunidad realizarla. En cuanto a Olajai, momentos hay en que rozo el borde de su secreto, y al ir a profundizar caigo en las tinieblas... Los peligros que me delata y de los cuales, según dice, quiere librarme, casan tan bien con el saqueo de mi casa en París, que es inverosímil no exista entre éste y aquéllos estrecho lazo. Esta relación o enlace se me escapa completamente. ¿Qué se quiso hacer en mi casa? Esta es la incógnita. Y es seguro que Olajai podría descifrarla. Pero dijo: «he hablado en demasía» y me aconseja que huya, como me aconsejó que no saliera de Lavardens.

Todo ello ha sucedido, y sin embargo, es incomprendible en cuanto a mí concierne. Sólo es cierta una cosa: *que la amenaza me circuye*. Percibo que estoy vigilado en cuantos pasos doy en Lavardens y fuera de Lavardens... y me zafo de esta misteriosa vigilancia con las mayores dificultades y desplegando increíble astucia. Sea de ello lo que sea, he logrado rehacer casi paso a paso la trayectoria de Calixta desde su llegada a Santas Marías, y sé cuanto ha hecho hasta que se esfumó *no lejos del Viei Castou Nou*.

Bajó como nosotros en Aviñón, pero veinticuatro horas antes, y como nosotros, en auto, fué a Arlés, pero allí dejó el auto, atravesó a pie la ciudad y fué a tomar

el primer tren en el apeadero de Arles-Turiquet y bajó en Santas Marías a las nueve cincuenta. Iba vestida sencilla, pero elegantísima, con traje de terciopelo negro con adornos de castor y tocada con un sombrero esférico guarnecido de pelo de mono, tal como iba ataviada la última vez que salió con Juan y conmigo, días antes de la ruptura. Bien claro está que no se ocultaba. Se dirigió inmediatamente a la iglesia y empezó sus devociones. Visitó en seguida al cura y le pidió una tarjeta para la ceremonia de la tarde: el descendimiento de las reliquias. Luego paseó por el pueblo sin fin visible, atraída por las abigarradas vistas que a sus ojos brindaban los campamentos.

Se acercó a un grupo que al principio no le prestó más atención que a los demás viandantes. Un niño le pidió limosna. Ella le habló. Al punto un hombre que estaba sentado de espaldas a Calixta volvió el rostro, le vió, y súbitamente se irguió ante ella. Miróla con aire hostil, reparó en su ropaje y empezó a vomitar en su lengua, y con voz queda y apretando los dientes, las más groseras injurias.

Ella no se alteró, murmuró unas palabras en el mismo lenguaje y se alejó. Apenas se fué, aquel hombre y cuantos con él estaban escupieron sobre sus huellas. Calixta, sin aparente emoción, dejó tras sí las Santas y todo el bullicio bohemio, sórdido cinturón del pueblecillo. Por el paraje más desierto ganó la playa y penetró en una choza medio desnuda, de donde al poco rato salió casi

desnuda, dispuesta al baño. Después del baño, se explayó sobre la arena como bestezuela fatigada.

De pronto, sintió un brinco a su vera. ¡Era aquel hombre! Le esperaba, a pesar de las injurias. Se echó a reír al verle. El cerró sus labios estampando en ellos un beso salvaje. Aquel hombre era Andrés, el que la persiguiera dos años antes y del cual Juan, para su desgracia, la libró. Si fueron los oropeles de mujer rumí con que ha poco se ataviaba Calixta los que motivaron la furiosa acogida de Andrés, éste ahora, al mirar a Calixta, no podía ver cosa que ofendiesen sus ojos. Todo ello fué bien calculado. Ella encontró a su hombre. El la quiso coger. Ella le rechazó, pero ¿qué hubo de prometerla, cuando él en seguida se manifestó sumiso? Entró a vestirse, y a poco se separaron como los mejores amigos del mundo.

Calixta no asistió a la ceremonia de la tarde; subrepticamente abandonó el pueblecillo montada en una caleza guiada por un bohemio, que la dejó cerca de Lavadens, donde perdí su pista. Andrés también desapareció de las Santas. Perdí su pista en Maguelonne-le-Sauveur, pero no dudo en encontrarla en las huellas del *esquilador de perros* de que me ha hablado Esteve.

En Maguelonne-le-Sauveur, Andrés iba a pie.

Hay que advertir que ni uno ni otro tomaron el tren, en el cual su presencia hubiera sido indudablemente notada por los empleados, pues ese tren de vuelta a Arlés suele ir vacío a esas horas. Juan acababa de dejarme y partió hacia Beaucaire, sin duda a la busca de *Lou*